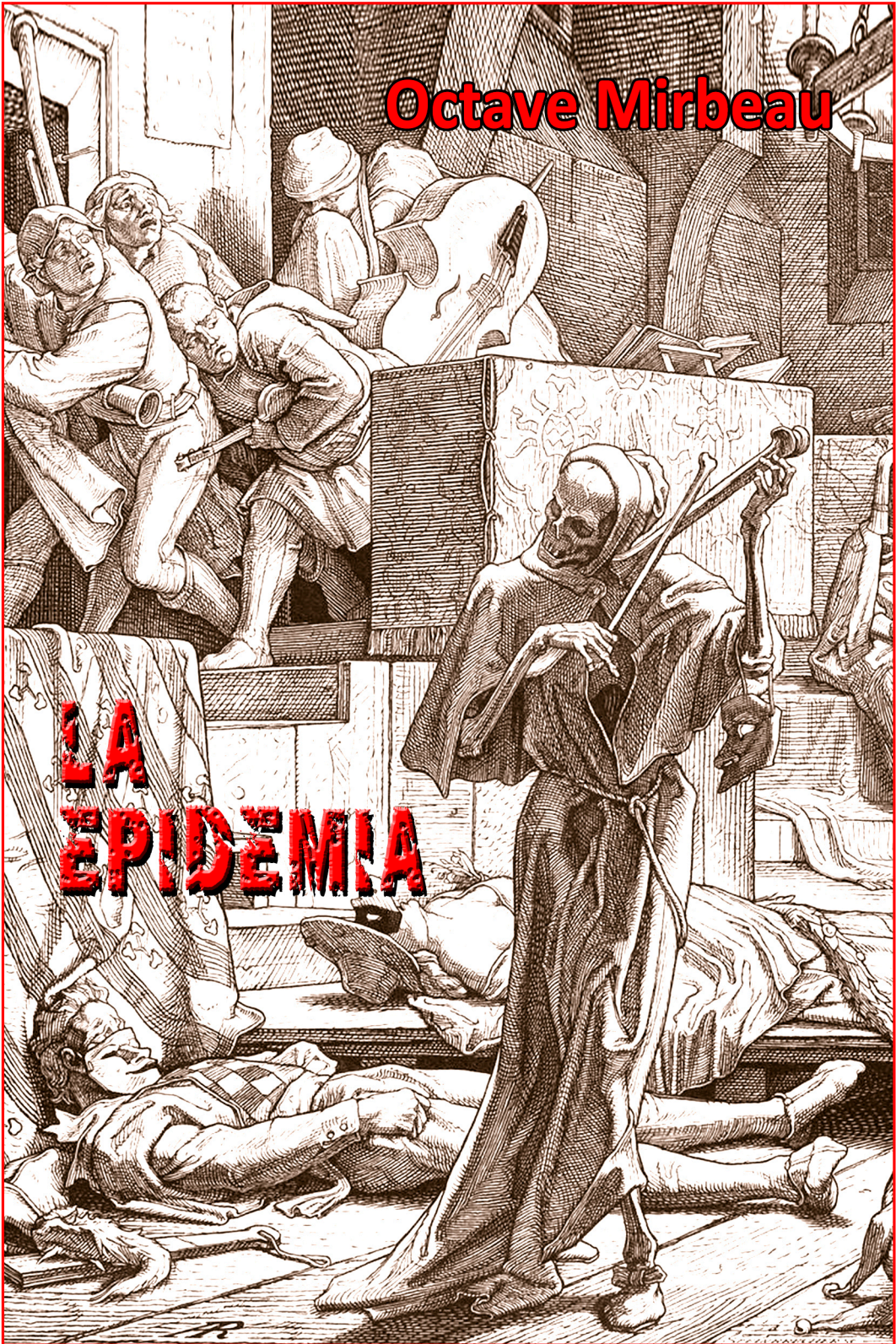


Octave Mirbeau



**LA
EPIDEMIA**

Octave Mirbeau, publicó con el nombre de *Farces et moralités* (Farsas y moralidades, 1904), seis pequeñas obras en un acto. En ellas lleva la revuelta al seno del lenguaje.

De ellas, la que les ofrecemos aquí, *La epidemia*, es quizá la más conocida.

La acción se centra en una sesión del Ayuntamiento de una ciudad marítima francesa que debe acometer un problema de salud pública, y el autor nos presenta una farsa corrosiva digna de carcajearse a mandíbula batiente y donde asistimos al más desternillante retrato de la burguesía que imaginarse pueda.

Una delicia.

Octave Mirbeau

LA EPIDEMIA

Pieza en un acto

Representada en París, en el Théâtre Antoine, el 29 de abril de 1898.

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Octavio Mirbeau y el anarquismo

LA EPIDEMIA

Personajes

Escena I

Escena II

Escena III

Acerca del autor



Octave Mirbeau

OCTAVIO MIRBEAU Y EL ANARQUISMO

Kaosenlared

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, hubo en Francia un extenso grupo de escritores importantes que creyeron “en el sueño universal de la anarquía”... entre todos ellos, quizás el más comprometido de todos fue Octave–Henri–Marie Mirbeau (Travières, Calvados, 1848–París, 1917). Procedía de la alta burguesía y tuvo una educación conservadora. Entre 1858 y 1866 estuvo en un colegio de jesuitas cuyos “abominables días” recordará luego en su novela *Sebastien Roch*. Se trasladó a París para estudiar leyes en 1867. En 1870 interviene en la guerra franco–prusiana como teniente, experiencia que contará con vigor en su primera obra, *Le Calvaire*. En 1883 fundó la revista *Les Gremaces* en la satirizó las costumbres de la burguesía, y en 1893, escribe el prefacio a la obra de Jean Grave *La sociedad*

agonizante y la anarquía, en el que escribe cosas como: “El Estado mata las facultades intelectuales del hombre desde su nacimiento, o las falsea administrativamente, que viene a ser igual. Asesino o ladrón, es lo mismo; estoy plenamente convencido de que el Estado es una especie de doble criminal... La anarquía por el contrario es la reconquista del individuo, es la libertad del desarrollo del individuo, en un sentido normal y armónico». En 1872 debutó en el periódico bonapartista *L'Ordre*, escribiendo artículos literarios y de crítica. Gracias al "Diario" de Edmond Luis Antoine Huot de Goncourt conocemos la existencia de una pasión amorosa contrariada que incitara a Octave Mari Henri Mirbeau a refugiar su corazón, dolorido por las múltiples traiciones de su amante, en las costas de Bretaña, donde pasara mas de un año como patrón de una embarcación pesquera. En 1877 le nombran subprefecto de Saint-Girons; pero asqueado de la política abandonó el cargo al poco tiempo, para dedicarse a la literatura, escribiendo en los principales periódicos artículos en defensa de la nueva escuela pictórica y escultórica personificada en Claude Monet (1840–1926), Hilarie Germain, Edgar Degas (1834–1917) y Auguste René François Rodin (1840–1917). En 1882 tuvo que salir de la redacción de *Le Figaro* por su célebre folleto "Le comédien" que durante muchas semanas ocupó la atención del mundo teatral. Al año siguiente fundo con Paul Ernest Hervieu (1857–1915), y otros la revista semanal *Les Grimaces*, en donde se atacaba despiadadamente a las falsas reputaciones y a las ridiculeces y vicios de aquella sociedad; revista que,

como es natural, solo duro unos meses y le produjo unos cuantos desafíos. Para dar idea del carácter de dicha revista bastará citar el primer artículo publicado en ella por Octave Mari Henri Mirbeau titulado "Oda al cólera" en el cual daba la bienvenida a la peste que acababa de presentarse en París, suplicándole que matase a un determinado número de personas que señalaba con sus propios nombres y que lo destruyese todo ya que se había puesto a ello. En 1885 publico "Contes de ma chaumière" colección de cuentos de un sobrio realismo que a veces sostienen una semejanza con los de Henry René Albert Guy de Maupassant (1850–1893).

Su mejor novela fue al parecer "Le Calvaire" pues si bien en las que ha escrito después ha podido mostrarse más hábil y más dueño de la técnica literaria, no ha conseguido dar una nota tan intensa de dolor y de tristeza. Su protagonista Jean Mintié de carácter flojo y sensual, va dejando en manos de su amante Juliette Roux todas las fibras de su alma y todas las energías de su cuerpo. "Le Calvaire" es sin duda alguna, uno de los dramas de amor más intensos de la literatura moderna; el protagonista a pesar de su degradación, conserva siempre un cierto fondo de moral, pues es el primero en juzgarse con inexorable severidad, y sabiendo que sus actos son infames, le falta valor para huir de los brazos de su amada. El contraste entre su lucidez para juzgar el bien y el mal, y su falta de voluntad para seguir el camino del honor y de la dignidad, constituyen la verdadera originalidad de la novela. En "Le Calvaire" Octave Mari Henri

Mirbeau ha reunido sus recuerdos de la guerra francoalemana escribiendo un capítulo admirable pintando la derrota del ejército francés.

Además de estas obras Octave Mari Henri Mirbeau escribió en 1888 "L'abbé Jules", obra más artificial y literaria que real y observada en la que se enfrentan el amor y la religión.

En 1897 se completa la conversión ideológica de Octave Mari Henri Mirbeau. El asunto de Alfred Dreyfus (1859–1935) llega a su culmen, y el escritor abraza la causa del drayfusismo y sostiene a Émile (Édouard Charles Antonie) Zola en su ardiente defensa del militar. Octave Mari Henri Mirbeau, llegó a ser uno de los primeros junto a los más acérrimos defensores de la revisión del proceso escribiendo en *L'Aurore* vehementes artículos en defensa del oficial. Su antisemitismo se había desvanecido.

En 1886 contrae matrimonio con una bella actriz, Alicia Régnault, ya viuda, cuya reputación a juzgar por los comentarios de la época no era de las mejores. Sin embargo, ambos serian felices hasta la muerte de Octave Mari Henri Mirbeau. Tras su boda se retiró a vivir en su finca de Poissy (departamento del Seine y Oise) entregándose a sus trabajos literarios.

Se considera que Octave Mari Henri Mirbeau fue un ejemplo claro de escritor periodista (pero del periodismo del siglo XIX) "Le jardin des supplices" (1899) está impregnado de un realismo tan crudo que a veces resulta de una lectura imposible. Pero, ¿por qué ese gusto por el decadentismo? Podríamos decir que Octave Mari Henri Mirbeau tiene un gusto voluptuoso por la muerte, o un gusto lujosamente desenfrenado ante el morbo y al fin, en la complacencia por lo raro, por lo prohibido y lo enfermo. El decadentismo de Octave Mari Henri Mirbeau es un sentimiento de final y de agonía, glorificados por el mayor refinamiento del lujo y de gratuidad de su obra. Por eso, sus imágenes favoritas serán las de seres agotados en su esplendor, buscadores de todos los placeres como único modo de asirse a la vida o de sentir la proximidad de la muerte.

A partir del año 1897 fragmentos de "Le journal d'une femme de chambre" (1900) de la que un crítico de la época afirmó que era una novela realista, si el realismo consiste en ser grosero, empezaron a aparecer en diversas publicaciones. La organización de la novela en forma de diario en el que Célestine, la protagonista, va anotando los acontecimientos de su vida, sus reflexiones sobre ellos y sus recuerdos del pasado, permiten al autor interpolar historias que podrían perfectamente leerse aisladamente. Eso explica que, aun cuando el punto final data de marzo de 1900. Mucho antes hubiesen aparecido numerosos fragmentos en diferentes números de la *Revue Blanche*. La disposición

utilizada es una historia lineal central, la de la camarera o doncella de servicio (Célestine), que anota en su diario las impresiones recibidas al incorporarse a su nuevo puesto de trabajo y lo que la va sucediendo en él. Con habilidad, sin forzar las cosas, su intermitente evocación del pasado nos va permitiendo conocer otros momentos de su vida y, al desandar un largo camino de prostitución, violación... un crescendo que trasciende los límites del erotismo hasta el crimen. Y como suma sacerdotisa, Célestine, en esa dualidad Eros–Thanatos que se establece a lo largo de la novela. "Le journal d'une femme de chambre" (1900), sin duda su obra más conocida, sobre todo por sus notables adaptaciones cinematográficas.

Mirbeau colabora con *La Revolté* y *En dehors*, pero cuando Santo Gerónimo Caserio atenta contra el presidente de la República, Mirbeau escribió ante la ocasión que “un enemigo mortal del anarquismo no hubiera actuado mejor”. Y en un artículo aparecido en la prensa libertaria escribió: “Tengo horror a la sangre vertida, a las ruinas, de la muerte. Amo la vida, y toda la vida me es sagrada. Es por eso que reclamo al ideal anarquista eso que ninguna forma de gobierno nos puede ofrecer: el amor, la belleza, la paz entre los hombres. Ravachol no me espanta. Es tan transitorio como el horror que inspira. Es el relámpago al que sucederá la alegría del cielo y de las nubes apaciguadas. Después de las sombras inevitables, vendrá la sonrisa del sueño universal armonioso,

soñado por el admirable Kropotkin”. Desde su exilio en Londres, Malato refrendó pero también matizó la crítica:

“...Comparto enteramente la apreciación de Octave Mirbeau: el acto de Emile Henry, que es a pesar de todo un anarquista de alta inteligencia y de un gran valor, ha golpeado sobre todo a la anarquía. Apruebo toda violencia que apunte contra los obstáculos, que golpee al enemigo, pero no aquella que golpea ciegamente”

Durante el “asunto Dreyfus”, Mirbeau fue uno de los primeros literatos que se puso al lado de Emile Zola (tanto uno como otro están incluidos en la antología de “los cuentos anarquistas más famosos que con el título de “Dinamita cerebral” se publicó en Mahón, Mallorca, en 1913). En 1899 escribió *Le jardin des supplices*, considerada como un claro antecedente del surrealismo. Un año más tarde, Mirbeau conseguirá su obra maestra: El diario de una camarera que dará luego lugar a dos películas con enfoques diferentes, la primera de Jean Renoir, *The Diary of a Chambermaid* (USA, 1946), con Paulette Goddard y Burgess Meredith) que profundiza más en su dimensión satírica antiburguesa, la otra de Luis Buñuel, *Le Journal d'une femme de chambre* (Francia, 1964), con Jeanne Moreau y Michel Piccoli y que gracias a la atmósfera creada por Mirbeau, reconstruye el ascenso del fascismo francés que se manifiesta a favor del jefe de policía, Le Chiappe, el que prohibió el estreno parisino de *L'age d'or*. Aunque sin dejar de criticar la sociedad burguesa. Mirbeau,

como otros antiguos radicales, se reconcilió con el patriotismo durante la "Gran Guerra".

Durante la contienda no quiso moverse de su casa de campo, pero el avance de los alemanes le obligó a retirarse a París, en donde agravándosele la dolencia que hacía tiempo sufría, murió. Al morir dejó escrito un testamento que constituye una página excepcional y brillante, en donde mantiene como verdaderas las pinturas que ha hecho de la sociedad, "un conjunto de debilidades, bajos instintos de lucro y manchas vergonzosas", pero advierte que "son los individuos los indignos, no las colectividades", y que al ver en la presente guerra "de lo que es capaz una conciencia colectiva" tiene fe en el porvenir, cosa que jamás había tenido, "pues para ello es preciso descubrir como yo he descubierto que la patria es una realidad". Y con estas patéticas palabras se despidió del mundo anarquista.

Relegado al olvido durante mucho tiempo, Mirbeau volvería a ser publicado y revalorizado en los años sesenta y algunos de sus títulos más famosos se reeditaron. Su trayectoria fue bastante significativa de muchos artistas y escritores que en sus años de mayor esplendor escribieron grandes obras y se enfrentaron contra las injusticias en nombre de un ideal, pero que finalmente, acabaron "desencantados" quizás por las enormes dificultades y contradicciones que dicho ideal implicaba, y se conciliaron con sus orígenes sociales. Casos como el suyo podemos

encontrar otros bastante conocidos por este rincón del planeta, lo cual nos invita a efectuar una doble reflexión:

Primero: que lo mejor de su obra sigue perteneciendo a su fase más honesta y radical, y que por lo tanto, son patrimonio de la gente que lucha...

Segundo, que la deriva conservadora no es inevitable con la vejez ya que no fueron pocos los que siendo conservadores de jóvenes, se radicalizaron en la edad augusta, baste mencionar los nombres de Victor Hugo y Emile Zola...

Publicado el 12 Nov, 2009

LA EPIDEMIA

Pieza en un acto

PERSONAJES

ALCALDE

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA

DOCTOR TRÍCEPS

EL MUY VIEJO CONCEJAL

PRIMER ASESOR

SEGUNDO ASESOR

TERCER ASESOR

UN ASESOR

UN ALGUACIL

La escena transcurre en una ciudad de provincias.

Primera representación en 1898.

LA EPIDEMIA

La sala del consejo de una gran ciudad marítima. En las paredes, revestidas con austeros paneles de madera, se encuentran los retratos de todos los presidentes de la República, desde Adolphe Thiers hasta Émile Loubet. Alrededor de la vasta sala, sobre pedestales de madera negra, se encuentran bustos de la República, cada uno distinguido por sus atributos y significado político. En el centro se alza una chimenea monumental, coronada por un panel pintado con el escudo de armas de la ciudad rodeado de banderas tricolores. Grandes puertas flanquean la sala a ambos lados. Una larga mesa, cubierta con un mantel verde, donde cada puesto está marcado con papel secante, tinteros, etc., ocupa el centro de la sala.

ESCENA UNO

EL ALCALDE, EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA, EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN, UN CONCEJAL MUY ANCIANO, EL PRIMER CONCEJAL, EL SEGUNDO CONCEJAL, EL TERCER CONCEJAL, EL SECRETARIO, CONSEJEROS (ASESORES).

Al levantarse el telón, el alcalde conversa con algunos concejales junto a la chimenea. Grupos de concejales se encuentran dispersos aquí y allá. Dos se sientan a la mesa y escriben cartas. El secretario archiva papeles, bolígrafo en mano.

EL ALCALDE.— Creo, señores, que podemos abrir la sesión.

EL MIEMBRO DEL PARTIDO OPOSITOR.— *(Sacando su reloj.)* Las once menos cuarto... Almuerzo a las once y media. Y se suponía que estaríamos aquí a las nueve... Es asqueroso.

EL ALCALDE.— El día después de Nochevieja se esperaban algunas imprecisiones... No es culpa mía...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— No estamos en plena capacidad.

EL ALCALDE.— Tenemos suficiente gente para deliberar.

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Bueno, vamos a deliberar...

EL ALCALDE.— ¡Ah!... Aquí viene el Doctor Tríceps...

ESCENA II

Los mismos, DOCTOR TRÍCEPS

DOCTOR TRÍCEPS.— *(Saludos y apretones de manos a todos.)* Mil perdones, mi querido alcalde... Mil perdones, señores... Me encontré retenido por una delicada operación... Desde esta mañana, he estado recogiendo las emociones de mi cocinero, que se habían manifestado en una gofrera... ¿Cómo lo entienden?...

EL ALCALDE.— ¿Ciertamente?

DOCTOR TRÍCEPS.— En efecto, sí... No fue poca cosa.

EL ALCALDE.— ¡Una plancha para hacer gofres!... ¡Qué broma! *(Dirigiéndose a los concejales.)* Si lo desean, señores, inauguramos la sesión.

EL DOCTOR TRÍCEPS.— Por favor... Y perdonadme de nuevo.

(El alcalde se dirige hacia la mesa. Los concejales toman sus asientos, donde se sientan ruidosamente.)

EL ALCALDE.— Señores, la reunión está abierta... *(Hojeando cartas y papeles)* Tengo algunas excusas de nuestros colegas ausentes... Además, no tienen el más mínimo interés... ¿Debo llamar su atención sobre ellas?...

PRIMER ASESOR.— Inútil... inútil.

EL ALCALDE.— *(Vagamente.)* Resfriados... bronquitis... lumbagos... mujeres dando a luz... *(Con ingenio)*. Al menos, nadie puede decir que los concejales contribuyen a la despoblación francesa... *(Risas)*... Le pasa las cartas al Secretario. Aparecerán en el acta...

EL SEGUNDO ASESOR.— Es un gran honor...

EL ALCALDE.— El reglamento, señores... Esto es serio. Debo mencionar especialmente a nuestro honorable colega, el Sr. Isidore-Théophraste Barbaroux, quien fue arrestado anoche...

PRIMER ASESOR.— ¡Otra vez!... Esta es la tercera vez.

EL ALCALDE.— (*Sin detenerse.*)... Y cuya ausencia hoy es, si no legítima... al menos justificada por esta formalidad legal... Obsérvese, señores, que no estoy acusando a nadie... simplemente constatando un hecho...

EL DOCTOR TRÍCEPS.— ¿Cuál es el supuesto motivo de esta detención?

EL ALCALDE.— Siempre el mismo... Si mi información es correcta, y tengo todos los motivos para creerlo, el motivo sería puramente comercial... Nuestro honorable colega fue arrestado por vender carne en mal estado, o supuestamente en mal estado, a las tropas... No creo que sea necesario hacer comentarios sobre este incidente: es puramente comercial. Comercial, repito... Hay que esperar las decisiones de la justicia...

DOCTOR TRÍCEPS.— Solicito la palabra.

EL ALCALDE.— Además, el delito de un individuo... (*Rumores*), —si es que efectivamente hay un delito en este caso— no puede implicar a la comunidad...

ALGUNAS VOCES.— ¡Muy bien!... ¡Muy bien!

DOCTOR TRÍCEPS.— Sin entrar en el meollo del debate, permítanme decirles esto... Estoy convencido de que lo que se critica de nuestro colega Barbaroux no es su carne corrupta, sino sus opiniones progresistas... ¿Entienden? (*Aplausos y risas*). Por supuesto.

EL ALCALDE.— Quizás esto sea ir demasiado lejos, mi querido doctor.

DOCTOR TRÍCEPS.— De ningún modo... Como médico y científico, sé de lo que hablo... y me concederás que estas preguntas me resultan familiares... ¡Bien!... Digo que todo esto es singularmente arbitrario y absolutamente anticientífico... En primer lugar, la carne podrida...

PRIMER ASESOR.— ¿Has comido alguna?

DOCTOR TRÍCEPS.— Perfectamente... Y ya ves que no me va nada mal... (*Dándose un golpecito en el pecho.*) El cofre está bien...

UNA VOZ.— ¡Bien dicho!

DOCTOR TRÍCEPS.— Tenemos que aclarar esto de una vez por todas... No solo no creo en lo perjudicial que es la podredumbre, sino que, al contrario, creo que tiene propiedades estomacales de primera... sí... sí... ¿entienden? Además, ¿por qué se considera la podredumbre digna de elogio en los corderos y criminal en el ganado?... Es una idiotez... Toda la podredumbre debería ser igual ante la ley.

SEGUNDO ASESOR.— Obviamente...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¿Es esto una alusión?

VARIOS ASESORES.— (*Irritados.*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Basta!

DOCTOR TRÍCEPS.— Ante tan extraña anomalía, tengo derecho a afirmar que el juicio contra nuestro honorable colega Barbaroux no es más que un juicio por parcialidad... Y ni siquiera menciono los obstáculos que impone la libertad de comercio... ¡Cielos! Además, volveré a esta cuestión en su momento, con todos los avances legales, económicos, terapéuticos y biológicos que conlleva... Pero solicito que esta observación preliminar conste en acta.

EL ALCALDE.— (*Después de consultar a sus colegas.*) El Consejo no ve objeción alguna, especialmente considerando

la considerable estatura de nuestro eminente colega, el Dr. Tríceps, cuya opinión es una lección y una ilustración para todos los presentes. *(Al Secretario.)* Que conste en acta...

EL DOCTOR TRÍCEPS.— Agradezco al alcalde sus nobles palabras. Me vengan de muchas injusticias profesionales... Los vecinos del doctor le estrechan la mano. *(Algunos aplausos.)* Un momento conmovedor. ¿Debo añadir que nuestro colega Barbaroux siempre ha sido un carnicero de total lealtad a sus clientes civiles, y si es cierto que ha vendido carne de mala calidad y en mal estado, solo ha sido a soldados, cuyos estómagos me asombra que de repente se hayan vuelto tan intolerantes, y... a los pobres, lo cual no importa...

(Acuerdo general.)

EL SECRETARIO.— ¿Debo registrar también esta última observación?

DOCTOR TRÍCEPS.— ¡Dios mío!... *(Consulta al alcalde.)*
¿Qué opinas?

EL ALCALDE.— ¡Mmm!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Lo veremos más tarde. (*Al secretario.*) Te daré el borrador completo al final de la reunión...

EL SECRETARIO.— Muy bien... Me gusta más así...

EL ALCALDE.— El incidente está cerrado. (*Levantándose y asumiendo una postura oratoria.*) Y ahora, caballeros, si les parece bien, centraremos nuestra atención en esta seria... en esta importante y urgente cuestión, para la cual los he convocado a una sesión extraordinaria y secreta.

(*Un cambio de atención entre los Asesores. Uno, que se había quedado dormido, despierta.*)

SEGUNDO ASESOR.— ¿De qué se trata esto?

ALGUNAS VOCES.— ¡Silencio! ¡Silencio!

EL ALCALDE.— Señores, tengo una noticia... una noticia delicada e... inquietante que contarles... Redoblen la atención. Pero estén tranquilos, señores... Cuando digo "inquietante" es para adaptar mi lenguaje...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Tu elocuencia...

EL ALCALDE.— *(Agradeciendo con gesto discreto.)* ...Para adaptar mi lenguaje al uso común, en lugar de utilizar un lenguaje excesivamente sentimental y melancólico...

MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¡Muy bien! ¡Muy bien!

EL ALCALDE.— *(Continúa.)* ...La de las oposiciones demasiado sistemáticas...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¡Bien dicho!...

EL ALCALDE.— ...Rivalidades incluso... y, si se me permite decirlo, tomas de poder directas... abusos de autoridad, en resumen...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Habla claro, no te entendemos.

EL ALCALDE.— Por favor, no interrumpen... *(Intenta en vano retomar el hilo de su discurso)*. Señores, en lo que tengo que decirles no hay nada grave, nada que deba asustarlos. La noticia en sí no es extraordinaria... No es, en rigor, una noticia... una de esas noticias que... en resumen, señores, es, si se me permite decirlo así, un aburrimiento periódico...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¡Muy bien! ¡Muy bien!

EL ALCALDE.— ...una crisis anual...un regreso ofensivo...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Responde la pregunta! No hay alusiones políticas. No estamos aquí para hacer política...

EL ALCALDE.— No se trata de política...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— (*categoricamente.*) ¡No se trata de política!...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¿De qué trata todo esto? ¿Por qué tantas precauciones? ¿Por qué tanto misterio?

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— No sé qué es... Pero...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Si no sabes de qué se trata, mejor calla.

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Me callaré si quiero... No tienes derecho a sermonearme...

EL ALCALDE.— Señores... Señores... ¡Por favor!

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— No estamos aquí en vuestro Cabaret... *(Señala a los retratos de los Presidentes de la República)* con todos los proxenetas y todas las muchachas de la ciudad...

EL ALCALDE.— Señores, señores...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Bueno, Eh... pasa, pues, a mi cabaret... como tú dices. ¡Atrévete a entrar! *(Llamando a sus colegas como testigos)*. ¿Cabaret?... el mejor café de la ciudad... el café más bonito de la ciudad... ¡un café Luis XVI!... ¡Pasa!

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Sí, iré... Iré a que lo cierren... *(Levantando las manos, amenazándose con los puños.)* No puedo comprender cómo se pueden tolerar estos establecimientos... Es una vergüenza... una inmoralidad... una afrenta a la decencia...

(Continúan lanzándose insultos unos a otros de un extremo a otro de la mesa.)

EL ALCALDE.— Señores... Señores...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Y tú, que vendes harina en mal estado... trocitos de tierra por café... y hojas de espinacas bajo el nombre de té ruso...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¿Yo?...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Sí, tú... Y tus galletas de mantequilla que se remontan a la *Declaración de los Derechos del Hombre*...

UNAS CUANTAS VOCES.— ¡Basta!... ¡Basta!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Cabaret!... Un establecimiento de primer nivel, donde he instalado un cinematógrafo...

EL ALCALDE.— Señores... Señores... ¡Por favor!...

ALGUNAS VOCES.— ¡Basta! ¡Basta! ¡Fuera!...

(Se les calma con gran dificultad.)

EL ALCALDE.— *(Conciliador y paternal.)* Señores... Señores... ¡Les imploro! Apelo a su patriotismo... a los

sentimientos de unidad, de armonía... a su devoción municipal... Con voz firme. No, señores, no se trata de política... Se trata de la ciudad, de los intereses de la ciudad... de la salvación de la ciudad... de... la ciudad que amáis... que representáis... que gobernáis... Señores... (*Grave y con voz apagada.*) Una epidemia de fiebre tifoidea acaba de golpear la ciudad...

LOS ASESORES.— (*Palidecen, se miran entre sí. Terror y silencio.*)

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— (*Consternado.*) Una epidemia ha golpeado la ciudad...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— (*Entra en pánico.*) ¡En la ciudad!...

EL ALCALDE.— Como ven, señores, no se trata de política.

LOS MIEMBROS DE LA OPOSICIÓN Y DE LA MAYORÍA, JUNTOS.— Sobre la ciudad... ¡Una epidemia sobre la ciudad!

EL ALCALDE.— Cuando digo en la ciudad, no todo es así, exactamente... ¡Gracias a Dios! La epidemia no está en la ciudad... está...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Por cierto... ¿dónde está? ¿Qué es? ¿Está en la ciudad o no?... Sé específico... Sin ambigüedades... Di la verdad... No somos niños. (*¡Enérgico! ¡Somos hombres, maldita sea!*) Lo demostramos en circunstancias más graves... Cuando la patria estuvo en peligro, no dudamos en unirnos a la Guardia Nacional... ¿Qué es esta epidemia?... ¿Qué es?... ¡Vamos!... Habla...

ALGUNAS VOCES.— ¿Sobre qué? ¿Sobre qué?

EL ALCALDE.— No me dejáis hablar... Está en la ciudad, y sin embargo no está del todo allí... Está allí, sin estar allí... (*Rumores.*) Dejadme explicaros...

(*Más rumores.*)

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Pero ¡escuchad!

EL ALCALDE.— (*Con una voz que se eleva por encima del ruido.*) La epidemia está en el arsenal y, sobre todo, en el cuartel de artillería de la marina.

MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¡Vaya! ¡Vaya!

EL OPOSITOR.— *(Furioso.)* Debería haberlo dicho de inmediato, para evitarnos ansiedades innecesarias... Claro, no tememos a las epidemias... Siempre las hemos combatido con desdén varonil... siempre las hemos tratado con desprecio... Pero tenemos familia... Tenemos amigos... ¡maldita sea! Y el arsenal no es la ciudad... el cuartel no es la ciudad... además, todos los años hay epidemias en el cuartel... No podemos hacer nada al respecto... No es asunto nuestro.

TODOS.— No... No...

EL DOCTOR TRÍCEPS.— Tranquilos señores... No nos dejemos llevar... Procedamos metódicamente... *(Al alcalde.)* ¿Cuántos muertos?

EL ALCALDE.— Ayer murieron doce soldados... esta mañana, dieciséis.

DOCTOR TRÍCEPS.— *(Asintiendo en señal de aprobación.)* ¡Ah!... ¿Cuántos enfermos?

EL ALCALDE.— Actualmente hay ciento treinta y cinco pacientes.

DOCTOR TRÍCEPS.— *(Misma actitud.)* ¡Ooh! *(Está tomando notas).* Eso es normal...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¿No hay oficiales?

EL ALCALDE.— No... no hay oficiales, afortunadamente... El mal se detiene en los suboficiales... Solo ataca a los soldados rasos y a los suboficiales, como siempre.

DOCTOR TRÍCEPS.— Eso es normal.

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Agradezco al Alcalde sus explicaciones honestas y tranquilizadoras...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Finalmente, no veo en absoluto, en realidad, por qué nos han convocado... Esta epidemia no es de nuestra competencia... Iba a decir... de nuestra jurisdicción... No tiene carácter municipal alguno...

EL ALCALDE.— Una administración sabia también debe tener visión de futuro... La epidemia puede propagarse del arsenal a la ciudad, del ejército a la burguesía...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Vamos entonces...

DOCTOR TRÍCEPS.— No necesitamos anticipar lo que aún no ha sucedido... Conozco el funcionamiento y, si se me permite decirlo, la naturaleza de este tipo de epidemias... Es de naturaleza jerárquica... Si, contrariamente a los consejos científicos, se produjera tal eventualidad... si aparecieran síntomas alarmantes, que no tenemos derecho a prejuzgar... bueno, aún estaríamos a tiempo de tomar las medidas necesarias... En la situación actual, no debemos intervenir... *(Con mucha firmeza.)* Depende de la autoridad marítima decidir, si lo considera necesario...

EL ALCALDE.— Precisamente, caballeros... y a eso me refería... Esto es algo confidencial. El Prefecto marítimo está furioso... Lo vi anoche... Me dijo que esto no podía seguir así... Afirma que los barracones son un caldo de cultivo inmundo para las infecciones... Rumorea... que el agua que beben los soldados es más venenosa que el estiércol de los establos... *(Rumores.)* En resumen, caballeros, exige que reconstruyamos los barracones... *(Protestas...)* para que llevemos agua de manantial a los barracones... *(Protesta general,)* exige aún más...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— *(Levantando los brazos.)* Él exige... él exige... Pero eso es insolencia...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— *(Misma actitud.)* Es locura...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— *(Golpeando la mesa.)* Qué desperdicio...

PRIMER ASESOR.— No tenemos dinero para esas fantasías... El pueblo está endeudado. Necesitamos reconstruir el teatro.

SEGUNDO ASESOR.— Decorar el Ayuntamiento... *(Señala la habitación.)* ¿Es esto realmente un ayuntamiento? ¿Qué aspecto tenemos en esta choza?

PRIMER ASESOR.— Esto es inaudito, el Prefecto... Es inaudito...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Si los soldados no tienen agua... que beban cerveza...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Si los cuarteles no son saludables... bueno, que acampen...

MÚLTIPLES VOCES.— ¡Sí, eso es!...

EL ALCALDE.— Sin duda... tienes razón... En principio tienes razón... Pero ya sabes el carácter autoritario, violento, unidimensional de nuestro Prefecto marítimo... Me hizo entender que movería los regimientos... que los enviaría a otra ciudad... ¡No más comercio, señores... no más música los domingos!... Sería una verdadera catástrofe para nuestra querida población... "Sin embargo, no puedo dejar que mis soldados mueran como moscas", me dijo...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Vamos! Nos está asustando... ¿Acaso se mueve un arsenal francés como si fuera un circo estadounidense? ¿Se transporta un puerto naval como si fuera un caballo de madera?

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Y entonces, bueno, es una lástima, ¡que así sea!... Tendremos compasión de ellos, estoy dispuesto a hacerlo... pero los soldados están hechos para morir...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Su trabajo es morir...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Su deber es morir...

EL ASESOR MAYOR.— Su honor es morir.

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Ahora que ya no hay guerras en Francia, las epidemias son escuelas, escuelas necesarias y admirables de heroísmo... Si no hubiera epidemias, señores, ¿dónde aprenderían hoy los soldados el desprecio de la muerte... y el sacrificio de sí mismos por la patria?...

VARIOS ASESORES.— Así es... ¡Bien dicho!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— (*Encogiéndose de hombros y continuando.*) ¿En qué otro lugar se cultivaría esa virtud típicamente francesa: el coraje? Lo que nos piden es que consagremos la cobardía...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Para desacreditar al ejército...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Para disminuir el honor nacional... para matar el patriotismo... Bueno, no...

DOCTOR TRÍCEPS.— (*Se pone de pie... movimiento de atención.*) Me uno a las ideas tan generosamente expresadas por mis honorables colegas... Iré más allá... Hoy la ciencia trata de microbios, agua de manantial, viviendas saludables... ¡de antisépticos!... (*Con desprecio...*) ¡de higiene!... (*Se encoge de hombros*). Esta es una hipótesis

simple, señores... una hipótesis... de escritor, de intelectual. Que ningún experimento decisivo y honesto ha confirmado aún... Mañana, seguirán otras teorías, contrarias a esta, igual de poco convincentes... igual de mal demostradas por los hechos... Pues bien, ¿deben los municipios subordinar su actividad progresista y sus recursos presupuestarios a los caprichos inconsistentes y ruinosos de los científicos?... ¿Deben someterse a los caprichos de una ciencia que no sabe lo que quiere y que se contradice cada semana?... No lo creo... (*Aplausos*). Y, sin embargo, yo también soy científico...

(Más aplausos.)

SEGUNDO ASESOR.— ¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Nuestros padres, señores, ignoraban estas cosas... Ignoraban los bacilos, los caldos de cultivo, los sueros, las inoculaciones, las vacunas, las microbiografías, las comisiones de higiene... No sabían lo que eran los congresos médicos, ni quién era el señor Brouardel... Se contentaban con las casas y el agua que tenían... Ni siquiera tenían baños... ni siquiera se bañaban... ¿entienden?... Sin embargo, la historia no nos dice que estuvieran peor por ello... Al contrario...

SEGUNDO ASESOR.— ¡Es verdad!... ¡Es verdad!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Siempre nos encontramos con la objeción: "¿E Inglaterra?"... Señores, no estamos en Inglaterra... Inglaterra es Inglaterra... y Francia es Francia... Cada pueblo tiene su propio genio... Entusiasmo general. ¡Vamos a lo francés!...

PRIMER ASESOR.— ¡Viva Francia!

DOCTOR TRÍCEPS.— Dejemos que esta epidemia siga su curso natural... su necesaria evolución. Nunca debemos violar la naturaleza... Creedme, ella sabe lo que hace...

(El Dr. Tríceps vuelve a sentarse en medio de las felicitaciones de todos.)

EL ALCALDE.— Permítame añadir una observación que quizá aclare este debate... A pesar de su tono abrasivo, el Prefecto marítimo no es mal hombre, y creo que podemos llegar a un acuerdo con él... Tengo la sensación de que no le preocupa la epidemia, al menos como epidemia... No... Solo teme a la opinión pública... teme a la prensa... teme ser interrogado en la Cámara... Ya saben con qué violencia está siendo atacada la marina en estos momentos... La sola idea de que el señor Lockroy pueda volver aquí, manipulando su arsenal, le produce pánico... Pónganse en su lugar.

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¿Y bien?...

EL ALCALDE.— Bueno... si entiendo bien su punto, con que cubramos los gastos necesarios para la obra antes mencionada, el prefecto estaría satisfecho... Lo que pide es una formalidad... Su pretensión no llegaría tan lejos como para exigir... la ejecución de esta votación... Quiere ponerse en orden ante la opinión pública, la prensa, el Parlamento y el señor Lockroy... ¿No es esto, en una palabra, un deseo legítimo... una prudencia encomiable?

SEGUNDO ASESOR.— Y peligroso... para nosotros... ¿Quién puede garantizar la pureza de sus intenciones?

EL ALCALDE.— ¡Yo! ¡Yo lo hago!

SEGUNDO ASESOR.— Eso no es suficiente... ¿Tienes un compromiso escrito?

EL ALCALDE.— No...

PRIMER ASESOR.— ¿Te dio su palabra de honor?

EL ALCALDE.— No... Pero tengo algo más... algo mejor... Preocupación por su tranquilidad.

SEGUNDO ASESOR.— Debemos tener cuidado...

EL ALCALDE.— ¿Y por qué?... ¿Y para qué?... Les aseguro que, una vez que pase la epidemia, ya no será cuestión de nada. Y volveremos a empezar el año que viene... Volveremos a empezar todos los años.

SEGUNDO ASESOR.— Debemos tener cuidado...
Debemos tener cuidado...

EL ALCALDE.— De lo contrario, consideren las luchas diarias, las hostilidades silenciosas y terribles que sembrarán la discordia en la ciudad, sin mencionar que serán perjudiciales para nuestros intereses electorales... Sin mencionar que todas las mujeres... que todas nuestras mujeres están con los oficiales de la marina...

(Rumores.)

UNA VOZ.— Habla por la tuya...

(Una risa.)

EL ALCALDE.— *(Muy digno.)* Desprecio estas insinuaciones vulgares e injustificadas... ¿Dónde estaba? Ah, sí... con los

oficiales de la marina... *(Reanudando la discusión.)*
Piénsenlo, caballeros... No se dejen intimidar por prejuicios, respetables sin duda, pero imprudentes... En las condiciones que he descrito, creo que podemos aprobar los fondos... que incluso podemos ser generosos... ya que él no querrá nada de ellos...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Protesto... Esto sentaría un precedente deplorable...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Todos los cuarteles de Francia están infectados...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Toda el agua no era potable...

EL CONCEJAL MÁS VIEJO.— *(Con voz temblorosa.)* La Fiebre tifoidea es una institución nacional... No tengamos envidia de las antiguas instituciones francesas.

EL DOCTOR TRÍCEPS.— No, señores, no toquemos lo que constituye la fuerza de nuestro bello ejército... lo que es su honor: su valentía ante la muerte... No demos a los extranjeros el doloroso espectáculo de un ejército francés en retirada ante unos pocos microbios problemáticos... de un ejército, señores... sinónimo de Austerlitz y Marengo

(Aplausos.)... No, de antisépticos y de higiene... (Tormenta de bravos...) (Emocionándose.) Vayan a decirle a su amo...

(Termina su frase con un gesto.)

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— *(Muy conmovido.)*
Después de las admirables palabras que acabáis de escuchar... y de la entusiasta acogida que les habéis dispensado, creo que no es necesario someter a votación la propuesta relativa a los créditos.

UNA VOZ.— ¡Sí, sí!

EL ALCALDE.— Me inclino, señores...

OTRA VOZ.— No hay votación...

OTRA VOZ.— Sin créditos...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Sin ambigüedad...
Una situación clara...

DOCTOR TRÍCEPS.— ¡Aún quedan franceses de gran corazón!

(Todos los concejales se levantan... gesticulan salvajemente... Un tumulto de alegría... En ese momento, un alguacil aparece en la sala... Lleva un sobre sellado que, muy pálido, entrega al alcalde.)

ESCENA III

LOS MISMOS, EL ALGUACIL

EL ALCALDE.— ¿Qué es? (*Tomando el pliegue.*) ¡¿Qué es este sobre?!

EL ALGUACIL.— No sé.

EL ALCALDE.— ¿Quién lo trajo?

EL ALGUACIL.— Un hombre de luto...

EL ALCALDE.— ¿Un hombre de luto?... ¡Ah!... Examina el sobre.) ¿Un hombre de ciudad?

EL ALGUACIL.— No lo sé...

EL ALCALDE.— ¿No lo conoces?

EL ALGUACIL.— No...

EL ALCALDE.— ¡Ah!... ¿Y se fue sin decir palabra?

EL ALGUACIL.— *(Con esfuerzo.)* Sin decir una palabra...

EL ALCALDE.— *(Preocupado.)* Esto es sorprendente... No sé por qué... Tengo un presentimiento de desgracia... Señores, hay desgracia en esta carta...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Ábrelo... ábrelo...

EL ALCALDE.— No me atrevo a abrirlo... *(Los concejales guardan silencio... Todos tienen la mirada fija en el alcalde)* ¡Vamos! *(Por fin abre el sobre... se pone lívido y suelta un grito.)* ¡Ay! ¡Dios mío!...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¿Qué es?

EL ALCALDE.— *(Temblando.)* ¡Ay! ¡Dios mío!

(Un murmullo de terror.)

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Silencio! ¡Silencio! (*Al alcalde.*) ¿Qué pasa?

EL ALCALDE.— ¡Caballeros! (*No puede continuar.*)

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¿Estás enfermo?

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¿Por qué estás tan pálido?

EL ALCALDE.— ¡Caballeros!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¿Por qué estás temblando?

EL ALCALDE.— (*Con esfuerzo.*) Señores... ¡Increíble noticia... aterradora... impresionante!

TODOS.— ¡Habla! ¡Habla!

EL ALCALDE.— ¡Caballeros! (*Deja caer la carta sobre la mesa.*) ¡Un burgués ha muerto!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Qué estás diciendo!

EL ALCALDE.— ¡Ha muerto un burgués... arrebatado por la epidemia!

UNAS VOCES.— *(Ahogadas por el miedo.)* ¡No es posible! ¡No es posible!

EL DOCTOR TRÍCEPS.— No toques esa carta... Quémala... Puede que no esté desinfectada... *(Se apresura... toma rápidamente la carta y la arroja a la chimenea. Luego, sacando un atomizador del bolsillo, recorre la habitación a grandes zancadas.)* ¡A desinfectar! ¡Caballeros, a desinfectar!

(Y mientras un sentimiento de pavor se cierne sobre los concejales, súbitamente inmóviles y convulsionados, el alcalde, con voz llorona y temblorosa, continúa en el silencio sepulcral de la sala.)

EL ALCALDE.— No sabemos su nombre... ¿qué importa? Conocemos su alma... Señores, era un venerable burgués, regordete, de mejillas sonrosadas, feliz... Su barriga era la envidia de los pobres... Todos los días, a una hora fija, paseaba sonriente por el paseo marítimo, y su rostro alegre... su papada... sus manos regordetas eran para todos una lección viviente de conducta social... Parecía que nunca

moriría, y sin embargo, está muerto... ¡Un burgués ha muerto!

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— *(Como si estuviera cantando el miserere.)* ¡Un burgués ha muerto!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— *(Mismo lamento.)*
¡Un burgués ha muerto!

TODOS.— *(Uno tras otro.)* ¡Un burgués ha muerto!

(Silencio. Todos los Asesores se miran horrorizados).

EL ALCALDE.— No me corresponde, señores, juzgar la vida de este admirable y fraternal ciudadano a quien todos lloramos... Otros, más autorizados que yo, le rendirán este merecido y supremo homenaje... Señores... si este ciudadano, cuya trágica y prematura pérdida deploramos, nunca se distinguió en la gratitud de sus conciudadanos y de la ciudad que, gracias a su confianza, tengo el honor de administrar... por la generosidad material... los actos directos de caridad... o por la brillantez de un intelecto superior y la utilidad de cualquier género de cooperación al desarrollo de nuestra vida municipal... permítanme sin embargo —y creo ser el intérprete de los sentimientos unánimes de nuestra querida población— permítanme, digo, rendir a la memoria

de este desconocido... y tan querido... ciudadano la justicia que se le debe...

(Algunos asesores emocionados se secan los ojos.)

UNA VOZ.— ¡Habla!... ¡Habla!...

EL ALCALDE.— *(Con esfuerzo por controlar su emoción.)* Me lo imagino así... ¡con qué emoción!... Bajo y regordete, tenía, entre las piernas delgadas, una barriga pequeña, bien estirada bajo el chaleco... En la pechera de la camisa, su barbilla sobresalía, congruentemente, en un triple rollo de grasa amarilla... y sus ojos, en medio de los párpados hinchados, proyectaban el brillo triste, lívido y respetable de dos pequeñas monedas de diez centavos... Era guapo... Nadie representaba con más exactitud el ideal que la Economía Política, los gobiernos liberales y las sociedades democráticas tienen del ser humano, es decir algo impersonal, improductivo e inerte... algo muerto que camina, habla, gesticula, digiere, piensa y paga, según mecanismos cuidadosamente engrasados por leyes... algo, en fin, fundamental... lo que se llama: un pequeño rentista.

UN ASESOR.— ¡Bravo! ¡Cierto!

EL ALCALDE.— Sí, señores... José (*Con tierno orgullo*) — llamémosle José, como a su gran, como a su inmortal antepasado— José, pues, en quien deseo considerar más que un hombre... un principio social... nos habrá dado siempre el ejemplo, el alto y vigorizante ejemplo de la virtud —¡ah! Verdaderamente francesa, ella—, una virtud de precioso valor, una virtud que fortalece a los hombres y libera a los pueblos... ¡Economía!... José tendrá, entre nosotros, la constante, el símbolo viviente del Ahorro... de esos pequeños ahorros que ninguna decepción puede tocar, que ninguna desgracia puede cansar... y que, constantemente engañado, robado, arruinado, sin embargo sigue amasando, para futuras depredaciones, a costa de los sacrificios más inconcebibles, dinero... que nunca disfrutará y que nunca ha servido, sirve y servirá solo para amasar las fortunas y satisfacer las pasiones... de otros... ¡Maravillosa abnegación, señores!... hucha ideal... o media de lana...

TERCER CONCEJAL.— (*Llorando.*) ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia!... (*Sollozando.*)

EL ALCALDE.— En tiempos difíciles como los nuestros, hay que reconocerle a José el mérito de haberse mantenido fiel, *en las buenas y en las malas*, como dice el poeta, a las tradiciones nacionales y góticas en las que nuestro optimismo encuentra consuelo, si se me permite decirlo así; pues, como escribió un gran filósofo cuyo nombre ya no

recuerdo, el ahorro es la madre de todas las virtudes y la salvaguardia de todo gobierno digno de ese nombre... Llorémoslo y admirémoslo. Señores...

VARIOS ASESORES.— *(Juntos.)* ¡Viva José!

EL ALCALDE.— Admirémoslo, pues jamás probó la más mínima alegría, jamás experimentó el más mínimo placer... Incluso en su juventud... incluso en su riqueza... no conoció lo que a veces conocen los más pobres mendigos... ¡una hora de buenos momentos! Se privó de todo y vivió más miserablemente que el vagabundo de los caminos, pero contento con su deber cumplido... Nunca, tampoco, quiso aceptar un honor, una responsabilidad, por miedo a tener que pagarla con obligaciones... cargas... afectos quizás... que lo hubieran distraído de su trabajo... Él —¡oh, lección sublime!— cuanto más ahorraba, más se arruinaba... y cuanto más se arruinaba, ¡más ahorraba!

TERCER CONSEJERO.— ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia!...

EL ALCALDE.— Esto fue un héroe, señores... Él era el héroe... Gambetta dijo que los tiempos heroicos habían terminado... Bueno, él no entendía lo que era un pequeño rentista... Y ahora, Joseph, ¡adiós!

EL CONSEJERO MÁS VIEJO.— Sí, un héroe... un héroe modesto, silencioso y solitario... ¡Cómo sabía mantener a los amigos, a los pobres y a los perros lejos de su casa!... ¡Cómo sabía preservar su corazón de las bajas corrupciones del amor... su mente de las pestilencias del arte!... Detestaba — o mejor dicho, ignoraba— la poesía y la literatura... pues aborrecía toda exageración, siendo un hombre preciso y metódico... Y si las visiones de la miseria humana nunca le inspiraban más que repugnancia... en cambio, las visiones de la naturaleza nunca le sugerían nada... Cada mañana, encomendaba al *Petit Journal* la tarea de sentir y pensar por él...

TERCER CONCEJAL.— (*Sollozando*). ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia!...

EL CONSEJERO MÁS VIEJO.— Por tanto, señores, tengo el honor de presentar al Consejo las dos propuestas siguientes... Primera... El funeral de José se celebrará solemnemente y con gran pompa, a expensas de la ciudad... Segunda... Se erigirá una estatua en su honor en una de nuestras plazas principales...

TODOS.— (*Saliendo poco a poco de su letargo*.) ¡Sí, sí!...

EL CONSEJERO MÁS VIEJO.— También propongo que pongamos su nombre a una calle de nuestra bella ciudad... cuando sepamos quién es...

UN CONCEJAL.— *(Abrumado y como en un sueño.)* Y qué importa el nombre... ¡Mientras pongamos la placa!

(Entusiasmo general. Se vota por aclamación.)

DOCTOR TRÍCEPS.— Ahora, señores, no debemos dejarnos vencer por esta muerte inesperada, irregular... incluso anticientífica... ¿entienden?... ¡Hay que luchar!

TODOS.— ¡Sí, sí!

DOCTOR TRÍCEPS.— *Sursum corda!*¹

TODOS.— ¡Sí, sí!

DOCTOR TRÍCEPS.— A estas dolorosas circunstancias opongamos resoluciones varoniles...

¹ ¡Arriba los corazones!

TODOS.— ¡Sí, sí!

DOCTOR TRÍCEPS.— A los peligros que nos amenazan...
la energía que triunfa sobre ellos...

TODOS.— ¡Sí, sí!

DOCTOR TRÍCEPS.— ¿Estamos dispuestos a hacer
cualquier sacrificio?

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Todos...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Todos...

TODOS.— ¡Sí, sí! Todos...

DOCTOR TRÍCEPS.— Necesitamos dinero...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Encontraremos algo.

EL MIEMBRO LA OPOSICIÓN.— Lo inventaremos... lo
forjaremos...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¡Un préstamo!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Cobrar peajes!

DOCTOR TRÍCEPS. ¡Expropiaciones!

TODOS.— ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... Eso es...

DOCTOR TRÍCEPS.— Los barrios antiguos de la ciudad, esos lugares de infección, tendrán que ser demolidos...

PRIMER ASESOR.— Los demoleremos...

DOCTOR TRÍCEPS.— Y reconstruirlos...

PRIMER ASESOR.— Los reconstruiremos...

TODOS.— ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

DOCTOR TRÍCEPS.— Para crear amplios bulevares.

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Plantaremos jardines públicos.

TODOS.— ¡Sí, sí!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Avenidas...

TODOS.— ¡Sí! ¡Sí!... ¡Avenidas!... ¡Avenidas!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Ventilar los patios... inmunizar las alcantarillas...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Multiplicar el saneamiento...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Introducir esencias que reduzcan la fiebre...

DOCTOR TRÍCEPS.— Desaglomerar los colegios, conventos... burdeles... cuarteles...

TODOS.— ¡Eso es!... ¡Eso es!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Tendremos que hacer brotar por todas partes manantiales de agua pura... manantiales tan anchos y profundos como el mar

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Brotarán...

DOCTOR TRÍCEPS.— Si no brotan... iremos a capturarlos en el corazón prístino de las montañas.

TODOS.— ¡Sí, sí!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Desde Suiza...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Desde los Cárpatos...

DOCTOR TRÍCEPS.— Desde el Cáucaso...

TODOS.— ¡Sí, sí!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Se necesitarán hornos potentes... aparatos esterilizadores que estén siempre funcionando...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Filtros monumentales.

DOCTOR TRÍCEPS.— Almacenes de ácido carbólico... laboratorios de química antiséptica...

TODOS.— ¡Sí, sí!...

DOCTOR TRÍCEPS.— Estableceremos Consejos de Higiene, Consejos de Higiene Permanentes.

TODOS.— ¡Bien dicho!...

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Comisiones de Salud... Sindicatos de Prevención...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Congresos médicos.

DOCTOR TRÍCEPS.— Institutos Pasteur...

MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— Cuarentenas alrededor de la ciudad...

TODOS.— ¡Eso es!... ¡Sí!... ¡Sí!...

DOCTOR TRÍCEPS.— ¡Votemos!... ¡Guerra a los gérmenes!... ¡Guerra a la muerte!... ¡Viva la ciencia!...

TERCER ASESOR.— ¡Vengüemos a José!...

¡EL DOCTOR TRÍCEPS.— ¡Vamos a votar! ¡Vamos a votar!

EL ALCALDE.— Sí, señores, vamos a votar... Vamos a aprobar cosas inauditas... medidas excepcionales... revolucionarias incluso... sumas enormes... Pero antes de eso, propongo al Consejo que condene mediante una moción a Isidore–Théophraste Barbaroux, cuyas acciones criminales y carnes contaminadas pueden haber ayudado al desarrollo de esta epidemia... la virulencia de este contagio.

DOCTOR TRÍCEPS.— Barbaroux es un miserable... un envenenador... un asesino...

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— Un socialista... un japonés...

TODOS.— ¡Abajo Barbaroux!... ¡Muerte a Barbaroux!

EL ALCALDE.— Vamos ahora, vamos a votar, amigos míos...

DOCTOR TRÍCEPS.— Yo exijo diez millones.

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— *(Encogiéndose de hombros.)* ¿Qué quieres hacer con diez millones? ¡No, veinte millones!

EL MIEMBRO DE LA MAYORÍA.— ¡Cincuenta millones!

EL MIEMBRO DE LA OPOSICIÓN.— ¡Pues setenta y cinco millones!

DOCTOR TRÍCEPS.— ¡No... cien millones!...

EL ALCALDE.— Detengámonos en esa cifra de cien millones... Y si estos cien millones no son suficientes... votaremos por otros...

TODOS.— ¡Sí! ¡Sí! Cien millones...

EL CONSEJERO MÁS VIEJO.— ¿Pero dónde encontraremos todos esos millones?

EL ALCALDE.— *(Con desprecio.)* Los encontraremos. Señor, en nuestro patriotismo...

TODOS.— ¡Bravo!... ¡Bravo!...

EL ALCALDE.— En nuestro heroísmo...

DOCTOR TRÍCEPS.— En nuestra voluntad... en nuestra fe...

TODOS.— ¡Sí, sí!...

EL ALCALDE.— A la votación, amigos míos... ¡Al escrutinio!

TODOS.— ¡Que comience la votación!

(Corren alrededor de la mesa, haciendo gestos violentos, con rostros exaltados.)

TELÓN



ACERCA DEL AUTOR

OCTAVE MIRBEAU (Trévières, 16 de febrero de 1848–París, 16 de febrero de 1917) fue un escritor francés, periodista, crítico de arte, autor de novelas, obras teatrales y de cuentos.

Fue periodista influyente, crítico de arte con don de previsión, panfletario comprometido con la verdad y la justicia, y fue además un novelista de éxito así como un

dramaturgo de fama europea que, aún triunfando en todas las grandes escenas, no dejó de seducir a las vanguardias artísticas y literarias.

Trayectoria

Nació en Trévières, Normandía, el 16 de febrero de 1848, y murió en París el 16 de febrero de 1917. Tras un período juvenil en Rémalard (Perche), continuó sus estudios en el colegio jesuita de Vannes, del cual fue expulsado a los quince años y comenzó a trabajar en un estudio notarial. Después de la experiencia traumatizante de la Guerra Franco-Prusiana (1870–1871), respondió a la llamada del líder bonapartista Henri-Dugué de la Fauçonnerie, quien lo contrató como secretario particular y lo introdujo como escritor y editor en el periódico de corte bonapartista *L'Ordre* de París.

Tras su debut periodístico y político al servicio de los bonapartistas, Mirbeau fijó su atención en la creación literaria, realizó tres novelas como "escritor fantasma", ya que, en un principio no se le reconoció autoría (*L'Écuyère*, 1882, *La Belle Madame* y *Le Vassart*, 1884). Después de los grandes cambios políticos y sociales ocurridos entre 1884 y 1885, Octave Mirbeau se lanzó a la palestra por sí solo, poniendo la pluma al servicio de sus propios valores éticos y estéticos, y combinó la literatura y las luchas políticas. De

corte anarquista, sus obras se caracterizaron por su anticlericalismo, pacifismo y antimilitarismo. Fue un personaje comprometido con todas las luchas de su tiempo; encarnó así, al intelectual comprometido con asuntos públicos y sociales, y lejos de todo partido.

En su papel de crítico literario y de arte, promovió y difundió al grupo de los Impresionistas, destacó la originalidad del movimiento y alabó su estilo no academicista. Dedicó textos a Claude Monet, Camille Pissarro, Paul Cézanne, Auguste Renoir, Félix Vallotton y Pierre Bonnard. Se le atribuye también, ser el descubridor de Auguste Rodin, Vincent van Gogh, Camille Claudel, Aristide Maillol, Maurice Maeterlinck, Marguerite Audoux y Maurice Utrillo. Forjó amistad con algunos de estos artistas, en particular con el escultor Auguste Rodin, de hecho, Mirbeau realizó la primera descripción que se hizo sobre el grupo escultórico *La puerta del Infierno*; esta apareció el 18 de febrero de 1885 en la revista *La France*:

Entre los pedidos realizados, figura una puerta monumental cuyos estudios está terminando en este momento el escultor Rodin. Se ignora cuál será el lugar que ocupará dicha puerta, si estará en el interior del palacio o en el exterior, pero, lo que ya se sabe, es que constituye un trabajo importante y magnífico. Aquellos que han podido admirar en el taller del artista los estudios terminados y los que están en ejecución consideran que dicha puerta será la obra capital del

presente siglo. Hay que remontarse a Michelangelo para tener una idea de arte tan notable, tan hermoso, tan sublime. Auguste Rodin es más o menos desconocido; no cuenta ni con una cuarta parte de la celebridad del señor Chapu. Esto se explica por varias razones. Rodin es un gran artista. Le horrorizan las camarillas y es poco lo que vive en el mundo. Como no va a la propaganda, la propaganda no viene a él. Vive, casi en la sombra con los fuertes y los solitarios en medio de las imaginaciones y los sueños de su genio y, desdeñoso de la gloria fugitiva, y en la mañana, entra por la puerta y sale, en la noche, por la ventana, se limita a hacer obras maestras que sus amigos admiran y que la posteridad, que no se equivoca jamás, ya ha marcado con su sello eterno.

La descripción de La puerta es ejemplo de la escritura sagaz del autor del *Jardín de los suplicios*. Asimismo, Rodin realizó una escultura de altorrelieve con el rostro de Mirbeau, llamada *Octave Mirbeau*.

Novelas

Novelas autobiográficas

Luego de escribir unas diez novelas como «negro» (escritor fantasma), debutó oficialmente con *El calvario* (1886), novela en la que se desvelan los traumas que padeció el

autor a causa de una pasión devastadora por una mujer no muy santa llamada Judith y rebautizada Juliette en la ficción. En 1888 publicó *El Abate Julio*, primera novela dostoievskiana y prefreudiana de la literatura francesa, en la que aparecen dos personajes fascinantes: el abate Jules y el padre Pamphile. En *Sébastien Roch* (1890) se alivia de otro trauma, el de su estancia con los jesuitas de Vannes y la violencia padecida con ellos, transgrediendo un tabú que cien años después perdura: la violación de adolescentes por sacerdotes.

Crisis de la novela

Publicó también, en edición de folletín, una extraordinaria novela llamada *Dans le ciel* (En el cielo), en la que pone en escena a un pintor inspirado directamente en Van Gogh.

Poco después del caso Dreyfus, que acentuó su pesimismo, publicó tres novelas juzgadas «escandalosas» por los «Tartufos» y los «biempensantes», y que tuvieron gran éxito de ventas en el mundo: *Le Jardin des supplices* (El Jardín de los suplicios (1899), *Le Journal d'une femme de chambre* (Diario de una camarera) (1900) y *Les 21 jours d'un neurasthénique* (1901). Ya en ellas pone en jaque el género novelesco, practicando la técnica del collage, transgrediendo los códigos de la verosimilitud, de la credibilidad novelesca.

El remate de la vieja novela supuestamente realista se deberá a sus dos últimas obras narrativas, *La 628-E8* (1907) y *Dingo* (1913), donde la fantasía se libera y cuyos héroes son su automóvil y su perro.

Teatro

Los malos pastores, 1913.

En el teatro Mirbeau alcanzó un primer éxito con una tragedia proletaria, *Les Mauvais bergers* (Los malos pastores) (1897), y después un triunfo mundial con una comedia clásica de costumbres y caracteres en la tradición de Molière: *Les affaires sont les affaires* (Los negocios son los negocios) (1903), en la que aparece el personaje de Isidoro Lechat, arquetipo del moderno hombre de negocios, producto de un mundo nuevo, ancestro de los especuladores de hoy, que de todo hace dinero y expande sus tentáculos por el mundo. En 1908, al término de una larga batalla judicial y mediática, hace representar en la Comedia Francesa *Le Foyer*, una obra destinada al escándalo en la que transgrede otro tabú: la explotación económica y sexual de adolescentes en hogares de supuesta caridad.

Mirbeau hizo representar seis pequeñas obras en un acto, muy innovadoras, publicadas con el nombre de *Farces et moralités* (Farsas y moralidades, 1904); en ellas anticipa el

teatro de Bertolt Brecht, Marcel Aymé, Harold Pinter y Eugène Ionesco, y lleva la revuelta al seno del lenguaje. Desmitifica la ley, la monogamia y las instituciones sociales, además de poner en ridículo el discurso de ciertos políticos y el lenguaje trivial del amor.

Fortuna póstuma

Mirbeau nunca cayó en el olvido. Ha sido publicado de continuo en más de treinta lenguas. Sin embargo, a menudo se lo ha leído mal; su inmensa producción ha sido injustamente reducida a tres obras, y, siendo políticamente incorrecto, ha atravesado un largo período de incompreensión de parte de los autores académicos de manuales y de historias de la literatura. Felizmente, desde hace unos veinte años, gracias a la Sociéte Octave Mirbeau, se lo viene releendo bajo una luz nueva que permite apreciar el importante papel que ha desempeñado en la escena política, literaria y artística de la «Belle Époque» y en la evolución de los géneros literarios.

Extraído de Wikipedia

16-XII-2025